

pruebas de cariño..... ¡Ah! en esta nueva familia que Dios me ha deparado, en medio de mi camino no puedo ménos que ver un bosquejo, ó quizá mas aún que esto, de los dulces lazos de amor de la familia verdadera.

¿Quién soy yo?..... ¿Qué mérito tengo para que D. Mariano me colme de tantos beneficios? ¿Pueden contar todos con tan extraordinarios favores? ¡Oh! no debo ver con una indiferencia por cierto bien reprehensible estas demostraciones, nó; no todos pueden contar lo que yo cuento, no todos encuentran lo que he encontrado yo.....

D. Mariano con sus propios recursos compra un título, para encubrir lo que más me angustiaba en medio de mis mayores placeres; hoy por ese favor lleno de generosidad ya no tendré que avergonzarme, y cuando una voz imprudente se levante para preguntarme, ¿y tú quién eres? ya tendré cómo contestar.....

¡Yes á esta familia querida á quien me prohíbe amar Julia? ¿Podría hacerle caso? no; nunca, nunca se lo haré: ¡pobre criatura! Sin embargo, ella si me impide amar á Clara, á D. Mariano, es porque cree que ellos me van á robar el amor que debo profesarla, nunca tan intenso como ella desearia para estar satisfecha; pero pronto quizás se desengañará, y verá que Clara no

caupa en mi alma, sino el lugar de una hermana.

Estos eran los pensamientos que me llenaban, en el momento en que D. Mariano sentaba á todos sus invitados á la mesa, cuando tornándose á mí me dijo.

—Tú solo faltas; ven Genaro, y me sentó frente á él, en medio de las dos mas bellas que habia en la mesa, Clara la una, á quien tenia yo á la izquierda, y la otra Leonor, ¡sí, la bellísima Leonor!

¡Qué grata me fué esta sorpresa cuando la contemplé á mi derecha...! modesta bella... seductora.

—¡Oh, cuán honrado me contemplaba al teneros á mi lado! exclamé fijando en Leonor una mirada ardiente.

—Gracias, Genaro, replicó ella con una gracia cada vez mas simpática.

Tomé pues mi asiento, y pronto Clara me promovió una conversacion larga, en la que solo tratamos de la familia de D. Justo.

Yo hasta cierto punto me avergozaba de que hablase de ella con tantos elogios, cuando por su misma oscuridad no era conocida de Leonor; pero como Clara amaba más que yo á esa familia, y estaba á su izquierda Arturo, tenia particular placer en sostener en estos términos la conversacion. Mas luego por mi fortuna dirigió á Artu-

ro una pregunta, que dió principio á nueva conversacion, y entónçes dirigiéndome á Leonor con una emocion extraordinaria le dije.

—Hay momentos en que uno deberia considerarse muy feliz, ¿verdad, señorita?

—¡Oh, sin duda, Genaro, me contestó ella viéndome con una fijeza que me avergonzó. Por ejemplo, continuó entónçes, hoy vd. debe ser el hombre mas feliz de la tierra, puesto que son muy pocos los que cuentan la dicha que vd. ha tenido; una ovacion tan grande, como de la que vd. ha sido objeto es difícil hallarla, ella no es más que la recompensa de los que como vd. se han dedicado con un afan extraordinario al estudio, habiendo obtenido por este medio las aureolas resplandecientes con que la ciencia honra al talento.

—Señorita, vd. me confunde, jamás me han hecho los elogios el raro efecto que los que vd. me prodiga; esas palabras en sus lábios adquieren para mí un mérito infinito; por ellas cambiaria todos mis triunfos y mis glorias.

Leonor se turbó al escucharme, y despues de un momento de silencio repuso.

—Sin embargo, Genaro, por lo que veo tiene vd. un defecto, que es ser en extremo galante; la galantería es casi siempre una falsedad y una

mentira, y la mentira, aunque sea una lisonja, empaña los lábios de un caballero.

—Leonor, exclamé yo entónçes fijando una mirada ardiente en mi bella interlocutora, ¿dudais acaso de la veracidad de mis palabras? ¡Ah! yo sé bien que no dudais, porque hay cosas que no pueden ocultarse, y que las mujeres siempre las comprenden.

Leonor, á quien parecia inquietar el giro que iba tomando la conversacion, procuró conducirla á otro terreno.

—Genaro, me dijo: ¿os une algun parentesco con la hermosa Clara?

—Ninguno; líganme á ella tan solo los dulces lazos de la gratitud y del amor, la amo como á una hermana, es ella mi más cara amiga; y vos Leonor, ¿teneis algun amigo predilecto?

La hermosa jóven, fijando en mí sus ojos, me respondió con gran naturalidad.

—Amigos, tengo muchos Genaro, pero en particular no siento predileccion por ninguno.

Las palabras de mi amada me cortaron, pero haciéndome un esfuerzo supremo repuse.

—¿No os ofenderias si os dirigiese una pregunta?

—Leonor fijó en mí con inquietud sus ojos, y despues de un momento de duda repuso.

—Sois un caballero, Genaro, y no creo que pudierais dirigirme ninguna pregunta que me fuese ofensiva.

—Sin embargo temo disgustaros..... balbucí en extremo turbado.

Leonor guardó silencio, viendo yo que no respondía me aventuré á preguntarle.

—¿Ha mucho tiempo que conoceis al vizconde N?

A estas palabras Leonor perdió su serenidad, un vivo rubor tiñó sus mejillas, y sin atreverse á fijar en mí sus ojos, me replicó con débil acento:

—Genaro, ¿por qué me diriges esa pregunta?

Yo vacilé en mi respuesta, y en este instante un brándis que se propuso á mi nombre cortó nuestra conversacion.

Los brándis se sucedian á cada instante; yo contestaba á ellos, y la mayor animacion reinaba en la mesa.

Cuando la comida hubo concluido serian las ocho de la noche; ántes de abandonar la mesa me dirigí á Leonor, y con tímido acento le dije:

—¿Me permitireis estar á vuestro lado esta noche? ¿Bailareis conmigo? Decidme que sí; os lo suplico.

La bella jóven, á quien parecia turbar mi acento, contestó.

—Bailaré con vos, Genaro, siempre que las piezas que me pidais no las tenga ya comprometidas.

Iba yo aún á replicar, cuando D. Mariano que acababa de llegar, la tomó del brazo, y preciso me fué entónces separarme de ella.

Cuando Leonor hubo partido, me dispuse á tomar el brazo de Clara; pero Arturo me pidió le cediera el honor de conducirla; yo entónces cedí mi puesto á mi amigo diciéndole.

—¡Gozad venturosos amantes, yo gozaré con vuestra dicha!

Arturo y Clara me miraron, y se alejaron sonriendo de mi lado.

Yo entónces permanecí por un instante solo, entregado á mis reflexiones; estaba descontento de mí mismo, me habia hallado al lado de Leonor, y no habia tenido fuerzas para decirle que la amaba; le habia hablado del vizconde; y me habia parecido turbada.

—¡Oh! me decia interiormente, ella lo ama, su corazon ya no es libre; rechazará mi amor, no lo dudo, porque solo vive para el vizconde, y entónces ¿de qué me sirve la gloria y el lustre de una carrera y un nombre.....? y agobiado por estas reflexiones, incliné la cabeza sobre el pecho, y quedé sumergido en la más profunda meditacion.

Cuando volví de mi estupor, me encontré solo en el comedor; los acordes de la música sonaban en los salones, damas y caballeros habian desaparecido, y solo un hombre como de cincuenta años de edad, elegantemente vestido y con un aire distinguido que indicaba la nobleza de su cuna, se hallaba á pocos pasos de mí, y me contemplaba con marcado interés. Al verlo me avergonzé de que hubiese sorprendido mis instantes de debilidad; mas dominando mi disgusto, me acerqué á él, la vista de aquel hombre me hizo bien, desde el primer instante me sentí atraído por una extraña é irresistible simpatía, y tendiéndole mi mano

—Caballero, le dije, ¿por qué os veo tan apartado de la animacion y del bullicio?

—Os contemplaba, se apresuró á responderme, y no podia darme cuenta de lo que veia.

—¿Cómo, Conde, vos no sois feliz, y en este dia en que solo debiais entregaros al regocijo, alguna pena oculta destroza vuestro corazon?.....

—Vos lo habeis dicho, señor, repuse con tristeza, hoy es uno de los dias para mí mas venturosos, y sin embargo hay circunstancias en mi vida que me impiden ser feliz, y que mezclan siempre el veneno del dolor en todas mis alegrías....

El buen caballero me vió fijamente, y estrechando mi mano

Imprudente seria me dijo, preguntaros la causa de vuestras penas; pero sabed que mi corazon por vos se interesa, y que siempre que tengais necesidad de algo podeis contar conmigo, como con vuestro mas fiel amigo:

—¡Gracias caballero! ¡gracias! respondí conmovido, porque las palabras de aquel hombre penetraban hasta el fondo de mi alma; en seguida me tomé de su brazo, y ambos nos dirigimos á los salones; la concurrencia era ya numerosísima.

D. Mariano salió á nuestro encuentro; veo que te has entretenido mucho tiempo al lado de Milord X. me dijo; ya estaba yo impaciente por tu tardanza.

Al escuchar el nombre que acababa de pronunciar mi generoso protector, comprendí desde luego, porque mi corazon me habia atraído hácia él; aquel caballero era el padre de Leonor, y yo sin saberlo lo habia amado; porque siempre nos es querido todo lo que toca al objeto de nuestro amor; el descubrimiento que acababa de hacer, me llenó de contento, yo me habia representado en el padre de mi amada un hombre escéntrico y severo, y me encontraba el hombre más

fino y amable; lleno de placer entónces, estreché su mano diciéndole:

—No os conocia Milord; hoy que sé quien sois, admito con orgullo la amistad que me brindasteis, y aunque humilde é inútil, os ofrezco con todo el corazon la mia.

—Gracias] Conde, replicó el padre de mi amada; desde este momento somos amigos.

Poco despues nos separamos; yo con el corazon henchido de placer y de esperanza.....

Los acordes de la música, que en ese momento se hicieron oír, anunciaban que iba á romperse el baile; yo habria querido sacar á Leonor, mas por otra parte me era indispensable hablar con Clara, así es que despues de un momento de vasilacion y de duda, me dirigí á ella.

—Hermosa Clara, la dije: ¿me negarás el honor de bailar contigo?

—Negándotelo Genaro, yo misma me castigaria, me replicó mi fina amiga pasando su delicado brazo en el mio, y abandonando su asiento.

Entónces me volví á Leonor que estaba á su lado, y vd. señorita le dije ¿me concederá la pieza siguiente?

—Aun no se cual sea, pero en el caso de no ser unas cuadrillas, para las cuales me encuentro

ya comprometida, tendré mucho gusto en bailar con vd.

—Gracias señorita, ¡ojalá y no sea esa pieza la que se toque!

En seguida tomando á Clara por la cintura, comenzamos á danzar: la pieza que en ese momento se ejecutaba, era un Walz. Cuando hubimos dado una vuelta en el salon, nos detuvimos; todas las miradas estaban fijas en nosotros; yo no habia aprendido por estudios formales á bailar, pero en el colegio mis compañeros me habian instruido superficialmente, y no bailaba yo mal. Por otra parte, era yo en extremo ligero, y esto me facilitaba muchísimo el baile. Clara tambien era una sílfide, de manera que con suma precision bailamos aquel Walz, y más de una vez se nos aplaudió nuestro buen humor y nuestra presteza.

Cuando podia descansaba, algunos instantes, los empleaba conversando con la hermosa Clara; pero como estos instantes tenian que ser cortos, no me podian satisfacer. Tenia yo muy vivos deseos de hablar largo con mi amiga, ella me habia manifestado ya, que tenia mucho que contarme, y yo por mi parte ansiaba por ser el depositario de todo lo que encerraba su bello corazon.

Despues que el Walz hubo terminado, invité

á Clara para que fuésemos á dar un paseo por el corredor, mi buena amiga con suma gracia me respondió: ¡pícaro, te comprendo, vamos! en efecto, poco despues nos encontrábamos paseando muy pausadamente por los corredores, que se hallaban perfectamente adornados; entónces pude dar principio á la conversacion qué tiempo hacia ansiaba tener. Clara, le dije, para que usar de rodeos contigo, tú bien me comprendes, ¡dime pronto por Dios cuanto sepas!

—Bueno Genaro, debo satisfacer tus deseos porque te lo habia prometido, aunque si te he de hablar con franqueza, preferiria no hacerte conocer cuanto deseas hoy.

—¿Y por qué? pregunté yo un tanto sobresaltado, segun tu exclamacion no es nada grato lo que tendrás que comunicarme!

—¡Ah Genaro! más aun me afliges, si tenias alguna esperanza de que fuese grato; nó amigo mio, grato no es, ni pensaba que tú lo esperases así; pero tampoco es tan fatal que sea preciso renunciar por completo á toda esperanza. Me parece que para no amargarte hoy, que tan solo dicha debe rodearte, deberíamos dejar para otra vez mis revelaciones.

—Nó, no puedo permitirte, habla Clara aun-

que tus palabras debieran entristecer los purísimos goces que me rodean.

—Si lo exiges, te complaceré, murmuró Clara; y como vió que yo no la contradecía, me habló en estos términos.

Para poder averiguar lo que deseabas, me he valido de los medios mas seguros, no he dado crédito á lo que se dice vulgarmente, sino que directamente he hablado con Leonor, y de sus labios lo he sabido todo. Genaro, en la semana que hoy concluye, invité á Leonor para que me honrase un dia entero con su compañía, y ella que es tan buena, gustosa aceptó. Fué, pues, entónces cuando pude con entera calma conversar con ella.

En primer lugar comencé á rogarle tuviera conmigo confianza, y ella sonriendo me prometió tenerla, si por mi parte sabia yo corresponderla. Se lo prometí, y despues que en efecto, tan solo por tí Genaro, la hube hecho depositaria de mi mas caro secreto, ella me confió los suyos, me refirió que habia venido de Inglaterra donde tenia mil amantes, porque su padre no queria que se casase; pero que entre la inmensa multitud de jóvenes que la pretendian, el Vizconde no pudiendo resolverse á dejarla, la habia seguido bajo un humilde disfraz, porque sin ella no podia vivir.

Le pregunté entonces si ella amaba al Vizconde; noté que su hermoso semblante se enrojecia, y me contestó: Clara, yo misma no comprendo aun si lo amo, siento por él cosas raras en mi corazón, pero jamás le he dicho nada; nó, si acaso es cierto que son efecto del amor las violentas sensaciones de que al verlo y al recibir sus cartas me encuentro agitada, aún no lo sabe el Vizconde; puede ser que lo conozca, porque yo lo distingo cuanto puedo; pero mis labios no le han hecho todavía ningun juramento; aunque hablándote francamente en mi corazón he sentido mil veces grandes impulsos de hacerlo, porque aunque no me haga violencia por no hacerlo, me parece que lo amo, ¡que sin él no puedo existir!.....

Al hablar así noté que una lágrima humedeció sus ojos, quise aun hablar mas del Vizconde; pero me rogó no hacerlo entonces por hallarse algo emocionada, y me prometió venir pronto á enseñarme sus cartas y á hablarme de estas relaciones. He aquí en pocas palabras, Genaro, todo lo que deseabas: no te dejes abatir, levanta tu frente; aunque Leonor comience á amar al Vizconde, tú tienes mas prendas que él para ser querido, y lo serás.

Yo me sentia mal, y Clara comenzó á consolarme, pero tiempo es ya de continuar nuestro viaje, cerremos la cartera.

Apenas llegamos bajamos del tren y atravesamos la estación salimos á un ómnibus que nos condujo á uno de los mejores hoteles llamado del Norte situado en una de las calles mas centrales y concurridas de la población.

Berlin, capital entonces del reino de Prusia y hoy del imperio Alemán, se halla situada sobre el Spree á 34 metros sobre el nivel del mar, en el centro de una llanura árida y arenosa. Cuenta sobre 500,000 habitantes de los cuales 15,000 son católicos, y ocupa una superficie de 3 kilómetros de longitud sobre un ancho de latitud y 20 de

CAPITULO XLV.

Nuestra llegada á Berlin, como se halla situada la ciudad, su extensión y número de habitantes.—Lo que mas importa le da entre las demas ciudades de Alemania. Parte histórica.—Extensión del reino de Prusia, su población.—El Castillo Real, sus apartamentos, salones, galerías y lo que mas llama la atención en ellos.—El Museo antiguo, lo que contiene y mas se hace notar en sus galerías.—El Museo nuevo, salas de que se compone y objetos notables que contiene.—Gabinete etnográfico, salones de que consta y lo que en ellos se ve.—Salones contiguos.—Charlotembourg.—El Castillo Real, su aspecto y ornato de los salones y reales departamentos.—El jardín y conjunto de objetos que lo hacen suntuoso y agradable.—El Museo de Federico Guillermo III.—Paseo de noche por las calles de Berlin.—Juicio que de esta ciudad forma el viajero.

Eran las nueve y media de la noche cuando llegamos á Berlin; la estación se hallaba bien iluminada, y se veia algun movimiento. Sin embargo, desde luego se dejaba conocer el carácter serio de los prusianos, llenos de calma, retraidos y poco comunicativos.